

Invierno

CHRISTOPHER NICHOLSON

Traducción de Catalina Martínez Muñoz

gatopardo ediciones 

Título original: *Winter*

© Christopher Nicholson, 2014

© de la traducción: Catalina Martínez Muñoz, 2017

© de esta edición: Gatopardo ediciones S.L.U., 2017

Rambla de Catalunya, 131, 1^º-1^ª

08008 Barcelona (España)

info@gatopardoediciones.es

www.gatopardoediciones.es

Primera edición: noviembre de 2017

Diseño de la colección y cubierta: Rosa Lladó

Imagen de la cubierta: Cottage en Dorset

© Terry Yarrow, 2017

Imagen de interior: Thomas Hardy y su mujer Florence Dugdale
en 1915. (Autor desconocido.)

ISBN: 978-84-946425-6-2

Depósito legal: B 22423-2017

Impresión: Reinbook serveis gràfics S.L.

Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida, dentro de los límites establecidos por la ley,
la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea
electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de
cesión de la obra, sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)

si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.



El escritor Thomas Hardy y su mujer
Florence Dugdale en 1915.

A Kitty
(1958-2011)

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO 1

Uno de los antiguos caminos que sale de una conocida capital de comarca en el oeste de Inglaterra remonta una larga cuesta hasta una especie de llanura abierta y ventosa, desde donde se abarca un amplio panorama de los campos. Los cultivos de cereal ocupan la distancia intermedia y próxima, mientras que en los ondulantes prados, a lo lejos, pacen numerosos rebaños de ovejas. Mucho más cerca hay una arboleda de pinos y otras especies que tienden sus ramas sobre la tapia de ladrillo de una casona de piedra. Las chimeneas y uno de los tejados quedan a la vista sobre todo en invierno, pero la tapia tiene la altura suficiente para entorpecer la mirada de los caminantes, y la vivienda está tan escondida como si se encontrara en el corazón de un bosque. La mayoría de quienes pasan por allí apenas reparan en su existencia. No faltan, sin embargo, algunos espíritus curiosos que, al ver una verja blanca encastrada en la tapia, a veces se detienen y se preguntan quién puede vivir en un lugar tan apartado y solitario.

Un azul amanecer de noviembre, no hace demasiado tiempo, habríamos podido ver a un anciano paseando por la breve avenida que separaba la vivienda de esta puerta.

Caminaba despacio, ligeramente encorvado, con un bastón en la mano derecha. Iba acompañado de un perrito, un terrier de pelo duro que olisqueaba entre la vegetación a ambos lados de la avenida.

La avenida estaba flanqueada de árboles, y era tal la espesura de las sombras debajo de sus ramas que parecía como si el anciano emergiera paulatinamente de una tenue oscuridad. Vestía chaqueta de *tweed*, corbata de lana y pantalones de un color indefinido, y un sombrero de ala ancha le cubría la cabeza. Cuando llegó a la verja, se detuvo y se apoyó en el barrote superior para examinar el mundo que se extendía al otro lado. Tenía el bigote blanco, como las cejas, y las facciones marcadas por toda una vida de experiencias y reflexión. Si la forma de la boca, caída, insinuaba un escepticismo profundamente arraigado, los ojos vivos y penetrantes y la piel arrugada en las comisuras de los párpados denotaban un peculiar sentido del humor.

Al menos así era como él se veía. No estaba nada mal para sus ochenta y cuatro años, pensaba, con un punto de vanidad.

La carretera estaba desierta y muy poco transitada a esa hora tan temprana del domingo. Soplaban una brisa errática que agitaba las copas de los pinos. El aire tenía esa fragancia resinosa y húmeda que envuelve a menudo los bosques en los últimos días del otoño. Ésta era, quizá con la excepción de la primavera, la estación favorita del anciano, cuando el año se consume poco a poco y los rayos del sol, más bajos y acortados, señalan inequívocamente el paso del tiempo.

Aquel día no lucía el sol, o no se veía, pero la claridad se hacía más intensa por momentos y el azul sombrío del aire había cobrado una tonalidad gris pálida cuando el anciano volvió sobre sus pasos. La avenida trazaba una curva a los pies de unos arbustos frondosos y revelaba a conti-

nuación la fachada de la vivienda. Era un bonito edificio de ladrillo, diseñado por su propio dueño, que estaba tan orgulloso de su oscuro tejado de pizarra, su imponente galería y sus torreones bajos como de algunas de sus creaciones literarias. El terreno era en el pasado un simple prado desnudo y expuesto a la poderosa acción del viento del oeste, el que allí prevalecía, y los árboles que ahora rodeaban y protegían la casa habían tardado cuarenta años en alcanzar su altura actual. Examinar los jardines causaba siempre en su dueño una honda satisfacción. Mientras paseaba, volvía de vez en cuando la cabeza para seguir los movimientos del perro o escuchar el canto de algún pájaro. Un manto de hojas recién caídas cubría el césped. Al cabo de un rato, entró en la casa, dejó el bastón en un rincón del porche y colgó el sombrero en un perchero de madera.

La vivienda estaba demasiado lejos de la ciudad para contar con suministro eléctrico, y toda su iluminación artificial dependía de las lámparas de aceite. Una de ellas ardía en el comedor, donde el anciano desayunó en compañía de su mujer, Florence. Se había casado con ella diez años antes, tras la muerte repentina de su primera esposa. El matrimonio se sentaba en extremos opuestos de la mesa y, de mutuo acuerdo, apenas hablaba, pues la primera hora de la mañana nunca era un buen momento para la conversación. Por ser domingo, el periódico aún no había llegado, y la mujer se contentaba con leer un libro mientras tomaba tranquilamente una taza de café. Llevaba al cuello una estola de zorro, porque aquella habitación era bastante fría. La cabeza del zorro, con sus ojos de cristal, colgaba sobre las páginas del libro.

Tenía la cara redonda, el pelo castaño oscuro recogido en un moño, y unos párpados muy caídos que imprimían a sus ojos una profunda melancolía. El anciano lamentaba este rasgo de su compañera, pues él mismo tenía un

carácter de tendencia melancólica que quizá habría podido compensar bajo la influencia de una fuerza contraria. Sin embargo, cada uno es como es. Su visión de la vida y sus creencias filosóficas esenciales se habían formado hacía mucho tiempo. A su edad, difícilmente podía esperar ningún cambio.

Desayunaba té y tostadas con beicon. El perro, sentado a su lado, babeaba y lanzaba discretos gemidos.

—Espera, *Wessex* —le reprendió—. ¡Cielos! ¿Qué ha sido de tus buenos modales? Deja de mendigar. —Aunque mendigar era la costumbre a la hora del desayuno, y, como ocurría a diario, los gemidos se volvieron cada vez más impacientes, más acuciantes, hasta que el anciano acercó las cortezas de beicon al hocico del perro—. Despacio, despacio. No me muerdas. Toma.

Hecho esto, se limpió los dedos con la servilleta y terminó su taza de té. Mientras se retiraba de la mesa, su mujer lo miró con gesto inquieto, como si fuera a decir algo, pero al final optó por seguir callada. Él se alegró, porque las inquietudes de su mujer eran casi siempre superfluas, y a esa hora de la mañana solamente podía pensar en su trabajo. De todos modos, por cortesía, se sintió obligado a decir algo.

—¿Qué tal están poniendo las gallinas? —preguntó.

Florence pareció sobresaltarse por lo inesperado de la pregunta y tardó unos momentos en responder que estaban poniendo bien.

—Están poniendo bien, creo —se corrigió, como si no tuviera una certeza plena. Pero a él le interesaban poco las gallinas y no estaba con ganas de prolongar la conversación. Asintió y salió del comedor, con el perro trotando detrás de sus talones.

El comedor lindaba con el vestíbulo parcamente amueblado: un reloj de pie marcaba el compás junto a las

escaleras; un teléfono negro relucía sobre una consola; y un barómetro colgaba de una pared en su caja de caoba. El anciano subió las escaleras, torció a la derecha por un breve pasillo y entró en el estudio que era su refugio a diario, incluso en domingo. Se envolvió con un chal de lana y se sentó a su escritorio, mientras el perro se enroscaba sobre la alfombra.

El cumplimiento de una estricta rutina era una costumbre que el anciano valoraba considerablemente y a la que atribuía en gran medida su productividad como escritor. Desde hacía muchos años, empezaba la jornada dando un paseo por el jardín, convencido de que el aire fresco le tonificaba el cerebro; igualmente, y a lo largo de ese mismo impreciso número de años, se retiraba a su estudio después del desayuno y pasaba allí toda la mañana y gran parte de la tarde. La silla en la que acababa de sentarse le había prestado sus servicios durante buena parte de su vida, y la tapicería ajada —antiguamente de flores, convertida hoy en mera arpillera sin dibujo ni color— daba cuenta de las miles de horas que había pasado en ella, absorto en sus afanes literarios. También el escritorio llevaba años y años prestándole servicio y, a pesar de su naturaleza inanimada, era para él como un amigo. El mismo cariño sentía por el chal que le cubría los hombros.

Allí, con la pluma en la mano, no se sentía viejo. Aunque era consciente de su evidente declive físico —ya no se sentía seguro para subir a una bicicleta y había perdido la cuenta de los años que pasaron desde la última vez que bailó—, seguía conservando la fuerza y el vigor intelectual de su juventud. Sin embargo, también era consciente de que de un tiempo a esta parte no siempre lograba gran cosa. Ésta había sido en especial la tónica de los últimos meses; algunos días le era imposible avanzar y pasaba largos ratos

mirando la página en blanco o tomando notas intrascendentes. Aun así, su rutina era sagrada, y sabía que si no hacía el esfuerzo de trabajar, seguro que no lograría nada en absoluto. Había escrito una larga serie de novelas y cientos de poemas, y era incapaz de romper con la costumbre de toda una vida por el mero hecho de estar llegando a una determinada edad. Incluso si alguien con autoridad para hacer semejante afirmación le hubiera garantizado que aquél sería su último día en la tierra, lo habría pasado como siempre, escribiendo lo mejor posible. Quizá se hubiera tomado una copa de champán a la hora de comer, y quizá, de haber hecho buen tiempo, habría salido a dar un paseo; pero era contrario a su naturaleza hacer cualquier cosa que se saliera de lo normal. Cuando se entregaba a considerar las posibles maneras de concluir su estancia terrenal, la idea de estar sentado a su escritorio, esperando a que se secara la tinta de las últimas palabras de un último poema, se le antojaba totalmente placentera.

Esa mañana se sentía especialmente falto de inspiración y sabía muy bien cuál era la causa: esperaba una visita por la tarde, a la hora del té, que en esa época de su vida era su momento preferido para las relaciones sociales. Tenía en su favor ante todo la brevedad del encuentro; los invitados que llegaban a las cuatro generalmente se marchaban a las cinco. Cualquier visita más prolongada lo dejaba exhausto.

La persona a la que esperaba era una joven llamada Gertrude, aunque en sus pensamientos él siempre la llamaba Gertie. Llevaba días pensando en esta entrevista, no sólo porque siempre disfrutaba de la compañía de esta muchacha, sino también porque tenía intención de hacerle cierta proposición y sentía interés en ver cómo reaccionaría. La admiraba mucho. Era hija de un comerciante local, producto en todos los aspectos del ambiente de Wessex, pero ador-

nada al mismo tiempo de cualidades que, en opinión del anciano, la situaban en un plano superior. Recordaba cuánto le desconcertó años antes la noticia de su inminente boda con un hombre de Beaminster. Beaminster es un pueblo del extremo oeste del condado, y los hombres que se han criado allí tienden a desarrollar las lentas y pertinaces cualidades de los bueyes una vez que se acostumbran a arar el duro suelo de la comarca. Aunque el amor florece en los lugares más insólitos, no pudo sustraerse a la sensación de que ella podía haber aspirado a algo mejor, como reza el dicho.

Se preguntó cómo vendría vestida. Destacaba por su buen gusto y su elegancia, aunque era probablemente cierto que parecería elegante con cualquier cosa.

En aquel estado de preocupación, la mañana fue un fracaso rotundo desde el punto de vista creativo, y cuando después de una comida frugal regresó a su escritorio, tampoco fue capaz de escribir nada mínimamente aceptable. Se impacientaba por momentos, y al oír que el reloj del vestíbulo daba las tres, se cambió los pantalones viejos por unos de *tweed* más presentables. Esperó junto a una ventana para verla llegar, acariciándose el bigote mientras el cielo se oscurecía por detrás de los árboles. Al pie de la ventana vio al señor Caddy, el jardinero, rastrillando el césped al fondo del jardín y cargando las hojas en la carretilla para llevárselas.

Ya empezaba a caer el crepúsculo cuando vislumbró a su invitada en la avenida. Retrocedió un paso de la ventana, por miedo a que lo sorprendiera observándola, y cuando oyó la campanilla de la puerta, seguida de inmediato por una sonora descarga de ladridos de *Wessex*, volvió a su estudio apresuradamente. Una de las criadas llamó entonces a la puerta. Vivían en la casa dos criadas; una se llamaba Nellie y la otra Elsie, pero se parecían tanto en el físico y los modales que él muchas veces las confundía.

—La señora Bugler ha llegado, señor. Y la señora Hardy me envía a decirle que no se encuentra bien, señor. Espera que pueda usted arreglarse sin ella.

El anciano no se contrarió ni se sorprendió demasiado. Le dolerá la cabeza, pensó.

—¿Está encendido el fuego?

—Sí, señor.

Se levantó entonces y se preparó para el encuentro. Al repasar su indumentaria, descubrió que en algún momento, a lo largo de la última hora, los tres botones de la bragueta del pantalón se habían desabrochado misteriosamente. Los cerró a tuestas, salió al pasillo, bajó las escaleras y cruzó el vestíbulo.

Gertrude Bugler tenía por aquel entonces alrededor de veinticinco años y se encontraba en la cúspide de su belleza, aun cuando la fuente de dicha belleza fuese objeto de opiniones dispares. Un rasgo manifiesto de su atractivo era su melena, abundante y muy negra, que brillaba a la luz de la lumbre; una melena que en épocas pasadas podría haber adornado la cabeza de mujeres como Cleopatra o Helena de Troya, y una melena ante la que un hombre de temple imaginativo desearía transformarse en peine por el mero placer de recorrerla en toda su longitud. Otro admirador quizá se habría fijado en sus labios, perfectamente delineados, grandes, carnosos y rojos, en los que se observaba un levísimo mohín; y un tercero quizá hubiera elegido su rostro, ligeramente ovalado, de cutis suave y claro. Era en sus ojos en lo que se fijaban la mayoría de los hombres. Grandes, inocentes y animados por un destello vivo y líquido, unos ojos que insinuaban profundos abismos de emoción y sensibilidad.

Estaba sentada cerca del fuego, acariciando a *Wessex*, que se había tumbado de espaldas, con las patas en el aire.

—Me alegra mucho que haya venido.

La joven se irguió, sonriendo.

—Me temo que la señora Hardy no se encuentra bien, pero le envía muchos saludos.

La muchacha vestía falda verde, blusa blanca y rebeca larga y gris, y lucía un peinado impecable, a pesar de que el viento había puesto todo su empeño en estropearlo.

El anciano cerró las cortinas.

—¿Se encuentra bien su hijita? —fue su siguiente pregunta, pues sabía lo mucho que les gusta a las mujeres que se interesen por sus hijos—. ¿Cómo se llama? ¿No es Diana?

Ella asintió.

—Está muy bien, aunque no duerme demasiado de noche. Se despierta siempre a las dos de la madrugada, fresca como una rosa, y es un poco incómodo.

—¿Qué hace usted cuando la niña no duerme?

—Le canto, aunque no siempre da resultado. A veces la llevo a mi cama, pero se pone a patallar.

—Seguro que es muy guapa, si es que ha sacado algo de su madre —dijo. Y le complació enormemente haber sido capaz de hacerle este cumplido—. Tiene usted que traerla algún día. Me gustaría mucho conocerla. La señora Hardy y yo nunca nos cansamos de los niños —añadió con un deje de nostalgia.

Las criadas, después de llamar rápidamente a la puerta, entraron cargadas con una bandeja cada una. En una llevaban la tetera y las tazas; en la otra, un plato de sándwiches diminutos, sin corteza. Dejaron las bandejas en una mesita. Al no estar Florence presente, Gertie hizo el papel de anfitriona y sirvió el té.

Una vez acomodados, empezaron a hablar de teatro. Gertie pertenecía a una compañía *amateur* y, en ese momento, estaba representando el papel protagonista en una obra que iba a estrenarse en menos de tres semanas en la

Lonja de Grano de la ciudad. El anciano sentía una íntima vinculación con este proyecto, porque era el autor de la pieza. Se trataba de la adaptación teatral de una novela que había escrito unos treinta años antes, y le hizo algunas preguntas a su invitada: cómo iban los ensayos, si los actores y las actrices se sabían bien su papel y si ya había visto el vestuario. Ella respondió que, en general, todo iba bien, aunque uno de los actores se estaba dejando bigote y, de momento, no resultaba demasiado convincente. Al anciano le hizo gracia este comentario; se acarició el bigote y tomó un sorbo de té. Luego pasó a exponer lo que tenía en mente.

—A lo largo de los años —dijo—, varias personas que trabajan en el negocio del teatro me han pedido permiso para escenificar la obra en Londres. Siempre he sido contrario a esta idea, pero recientemente he recibido una proposición del señor Frederick Harrison, el director del teatro Haymarket. El Haymarket es uno de los mejores teatros de Londres, y el señor Harrison está entusiasmado con el proyecto.

Era consciente de la atención con que ella lo escuchaba. Estaba sentada en el sofá, muy erguida, con la taza de té en las rodillas, sin apartar los ojos de él.

—Naturalmente, si la obra termina en un escenario de Londres, hay que pensar en quién va a interpretar el papel de usted, el personaje protagonista, el de Tess. Hay varias actrices famosas que parecen muy interesadas. Sin embargo, hace algún tiempo, si mal no recuerdo, me planteó usted la posibilidad de actuar como actriz profesional, y tuve entonces la sensación de que le convenía recibir su primer rechazo.

A pesar de la serenidad con que él hablaba, la joven respondió al instante que le encantaría interpretar ese papel.

—Es todo muy incierto —dijo él—. No hay nada definitivo. Puede que las críticas no sean del todo buenas. Pero, según tengo entendido, el plan del señor Harrison es estrenar la obra la próxima primavera, o a principios del verano.

—¿Y qué pasaría con el resto del reparto?

—Serían actores profesionales, por supuesto.

Gertrude se sintió abrumada por unos momentos. Entreabrió los labios y sus dientes relucieron. El anciano veía la ilusión que recorría a la muchacha, que incluso se sonrojó ligeramente.

—Piénselo con calma —le aconsejó—. Hable con su marido. Significaría pasar una temporada en Londres.

—¡Mi marido no pondrá ninguna pega!

—Puede ser. Pero debe pensar también en su hija. Si, después de considerarlo, llega usted a la conclusión de que quiere ser la protagonista, escribiré al señor Harrison. No pretendo animarla ni desanimarla, pero me la imagino perfectamente en un escenario londinense. Tendría un éxito abrumador.

Lo creía sinceramente. Era una actriz de enorme talento expresivo, y no era el único que lo pensaba. Varios críticos londinenses que la vieron actuar en algunas producciones locales se deshicieron en elogios hacia ella.

—No sé cómo darle las gracias —dijo Gertie.

Él negó modestamente que tuviera ninguna influencia.

—No tiene por qué agradecerme: la decisión no está en mi mano, y todo podría terminar finalmente en nada.

Siguieron hablando del proyecto. Al ver a la muchacha tan ilusionada, el anciano insistió en aconsejarle que fuera cauta, que lo considerara desde todos los ángulos. Trabajar en una compañía profesional, le dijo, es muy distinto de actuar con aficionados, y comprendería perfectamente que tomara la decisión de no aceptar. «Como digo, hay otras actrices interesadas en el papel, incluso Sybil Thorn-

dike, creo», añadió con sequedad, incapaz de resistirse a nombrar a una de las actrices más famosas del momento.

Gertie estaba tan entusiasmada que apenas prestaba atención.

—¿En primavera? ¿Tan pronto? ¿Y cuánto tiempo duraría?

—Supongo que eso depende del éxito. Quiero que conozca usted al señor Harrison. Es muy posible que venga a ver la función aquí. ¡Wessex! ¡Wessex, estate quieto! ¡Deja de babear! —exclamó, porque el perro estaba molestando a su invitada para que le diese un sándwich.

—¿Puedo darle uno? —preguntó ella.

—Como quiera.

Observó cómo cogía el sándwich. *Wessex* lo recibió de sus dedos con una delicadeza increíble, dada su propensión habitual a arrebatar la comida sin miramientos. Gertie sonrió.

—Creo que lo mimas demasiado —dijo.

—Bueno, es un perro viejo. Demasiado viejo para que pueda perjudicarlo —contestó él, vagamente consciente del deseo de estar en el lugar de *Wessex*, lamiendo los dedos de Gertie—. Le gusta usted —dijo.

—Es un honor —contestó ella—, aunque sea un cariño interesado.

Él le hizo otro cumplido.

—Siente predilección por usted, Gertie. La prefiere a cualquiera.

La joven se marchó poco después, dándole las gracias de nuevo mientras se ponía el abrigo. El anciano la contempló desde el porche hasta que la vio perderse en la oscuridad.

Cuando cerró la puerta, le pareció que había en la casa una quietud insólita, como si reflexionara sobre lo que allí acababa de ocurrir. Con un leve frunce en la frente, se que-

dó parado junto al reloj, atento a su tictac lento y acompasado y sus silencios intermedios. Pensó que quizá hubiera prendido un fuego difícil de sofocar. ¿No habría sido mejor esperar a que hubiera pasado la función en la Lonja de Grano? ¿Qué pasaría si las críticas eran malas y el señor Harrison cambiaba de opinión?

Entonces se acordó de su mujer. De mala gana, subió las escaleras y fue a su dormitorio. Florence estaba en la cama, con las cortinas abiertas y la lámpara de la mesita de noche encendida, aunque la luz era tan tenue que únicamente se le veían la cabeza y los hombros en mitad de la oscuridad. Al mirarla desde el umbral, de espaldas y tan quieta, pensó que quizá estuviera dormida. Pero ella le había oído y se volvió con los ojos abiertos.

—¿Se ha ido por fin? Ha estado mucho rato. Son casi las seis. Estarás agotado. ¿Ha traído a la niña?

—No.

—No tenía ánimos para recibirla. Se la ve siempre tan sana que sólo de verla me siento enferma.

Él respondió con un gruñido.

—Es mucho más joven que tú.

Eso era cierto. Florence era veinte años mayor que Gertie, aunque también era cierto que su salud distaba mucho de ser buena. Tenía una constitución débil y, además de dolores de cabeza y un dolor de muelas recurrente, padecía neuritis, una enfermedad producida por la desnutrición de las terminaciones nerviosas, para la que tomaba unas píldoras enormes que le preparaba un farmacéutico de la ciudad. Pero la cosa no terminaba ahí: hacía menos de un mes tuvieron que operarla, en Londres, para extirparle un bulto del cuello. Fue entonces cuando tomó la costumbre de ponerse la estola de zorro, una prenda que a él nunca le había gustado demasiado, para ocultar la cicatriz.

En ese momento la llevaba puesta. Se incorporó en la cama y se ciñó la estola alrededor del cuello.

—Hace mucho frío —protestó—. ¿De qué habéis hablado?

—De nada. Nada importante.

—¿Quién ha llamado por teléfono? He oído que llamaban.

—Yo no lo he oído.

—Pues sonó varias veces.

—Habrá contestado una de las criadas. No he oído que sonara. A lo mejor era un pájaro —fue su absurda respuesta.

—Thomas, ha sonado al menos cuatro o cinco veces, hace cosa de una hora. Por supuesto que no era un pájaro. No se parecía en nada a un pájaro. —Su voz cobró de pronto un tono severo—. Te aseguro que no me lo he imaginado. Tendré que preguntar a las criadas.

—Seguro que no te lo has imaginado —se apresuró a decir él, que no quería disgustarla.

Se quedaron callados.

—No se me ocurre quién podía ser —dijo ella—. A lo mejor era Cockerell. Llama de vez en cuando.

—¿Por qué habría llamado?

—No lo sé. Le gusta llamar.

La conversación no tenía ningún sentido.

El anciano se retiró a la sala de estar. El fuego seguía encendido: «Que se consuma», pensó. Gertie se había ido y estaba camino de Beaminster. Era absurdo derrochar carbón. Sin embargo, aún quedaba un rastro de la presencia de la joven. La taza de la que había bebido seguía posada en su platillo, y en el borde se apreciaba una levísima mancha de carmín. ¡Ahí había rozado la loza con sus labios! ¡Y ahí se había sentado! ¡Ahí —uno de los asientos del sofá seguía hundido— había estado hacía apenas unos minu-

tos! Algo más llamó su atención. En el respaldo del sofá se había prendido una hebra de pelo largo y negro.

La desprendió con dificultad, sosteniéndola entre el pulgar y el índice, y la acercó a la luz del fuego. El filamento tembló y empezó a oscilar, empujado por la corriente de su respiración como si tuviera vida.

Una de las doncellas entró con una bandeja y se paró en seco al verlo allí.

—Disculpe, señor.

—No pasa nada, entra.

Sin decir palabra, la observó mientras recogía el servicio del té. Luego subió a su estudio. Extendió el pelo sobre una hoja de papel blanca y encendió la lámpara para verlo brillar todo lo posible. Visto a la luz, el filamento relucía, grueso y fuerte. Un pelo era un simple pelo, aunque era también la reliquia que, en una época romántica, un admirador secreto habría atesorado, habría guardado en un relicario para llevarlo colgado del cuello y contemplarlo de vez en cuando a solas. Según la opinión general sobre estas cuestiones, él era demasiado viejo para hacer algo así, pero de todos modos se resistía a tirarlo. ¿Por qué tirarlo? Apenas momentos antes era parte de ella.

En una de las librerías del estudio conservaba un pequeño volumen verde, con tapas de piel, que reunía la obra poética de Percy Bysshe Shelley. De todos los poetas ingleses, no había ninguno al que admirase más que a Shelley, un hombre de valor prodigioso y voluntad inquebrantable, dispuesto a desafiar los estrechos convencionalismos morales y sociales de su época. Cogió el volumen y pasó las páginas hasta dar con el título de un poema titulado «La revuelta del Islam», un texto largo y oscuro, poco leído hoy en día, pero de una ambición y una belleza que cortaban la respiración. Arrancaba con una apasionada loa a su mujer, la joven Mary, con la que se había fugado poco antes. Esta

primera parte concluía con una metáfora de los enamorados como una serena pareja de estrellas que refulgían como lámparas en un mundo tempestuoso. Sobre estos últimos versos guardó la hebra de pelo de Gertie.

Mientras cerraba el libro y lo devolvía a su anaquel, se dio cuenta de que lo que acababa de hacer rayaba en el absurdo. ¡Tenía ochenta y cuatro años! ¡Era viejísimo! ¡Qué lástima no haberla conocido cuando eran jóvenes los dos! Si ella hubiera nacido antes, o él después, «tiempo y lugar se habrían fundido en uno», y ¿qué habría podido ocurrir? ¡Qué distintas habrían sido sus vidas!

Reflexiones parecidas le atraían a menudo como argumento de un poema: lo distintas que podían haber sido las vidas en distintas circunstancias. Tomó su pluma, la hundió en el tintero y comenzó a escribir con libertad.